

Tenía un ropero repleto de poemas que no le había mostrado a nadie. Ni uno sólo era sobre su historia personal, sobre lo bueno o lo malo de su propia vida; mucho menos sobre la desgracia de su hijo, o sobre sus padres o María del Carmen. Todos eran sobre el aire de las sierras, sobre la luz invernal, sobre las laderas doradas por el sol y los árboles que las afelpaban. Arturo Ibarra quitaba de sus poemas cualquier palabra referida a su propia persona, aunque a la vez quedaba dibujado de cuerpo entero por esa elección, tal como, en un grabado, la gubia quita madera del taco para dibujar el negativo de un futuro retrato.

Ese olvido mutuo entre Ibarra y la república de las letras pareció diluirse un poco cuando una antología de la Universidad Nacional de Córdoba —Treinta poetas del paisaje serrano (1955-2005)— seleccionó una de sus creaciones de juventud: “Chañar de pie”, un poema de extensión intermedia, inflamado de las dignidades perennes de la naturaleza, que había salido a mediados de los años cincuenta, cuando Ibarra todavía era soltero, en la revista Mediterránea.

Con esa antología recién encuadrada, llegó el chico del Ministerio de Cultura de la Provincia a la tranquera de su chalet semiderruido. Hubo cuatro o cinco aplausos sonoros y un saludo ampulosamente cordial. Arturo apartó al perro, ofreció amargos de cortesía y recibió a cambio una sarta de elogios genéricos que no supo aceptar con comodidad.

*Aplauso sin fin, Martín Cristal*

Aunque de acuerdo con su contador de palabras, Goodreads admite hasta 12000 caracteres, muchos de sus textos suelen ser opiniones o reseñas bastante breves. No está a discusión que Julieta Venegas es una lectora atenta y capaz, pero por la extensión, el contexto y el sitio en el que apareció, su comentario no es más que eso: un comentario negativo y no, como algunos han querido ver, un ejercicio de crítica literaria con todas las implicaciones formales del término. Podemos coincidir o no con los aspectos que le disgustan a Venegas; podemos estar de acuerdo, por ejemplo, en la intelectualización tan evidente en toda la obra de Luiselli. Pero más allá de eso, el rechazo por una obra tan aplaudida genera varias preguntas. ¿Cómo criticar las obras políticamente correctas que, en este caso, se atreven a denunciar temas tan delicados como la migración centroamericana o el abuso infantil, a la luz de las terribles políticas migratorias

estadounidenses? ¿Cómo cuestionar y expresar rechazo ante un texto que no sólo se atreve a esa denuncia sino que además fue escrito por una mujer mexicana en suelo gringo? Si de entrada es difícil que una mujer que escriba sobre temas polémicos sea publicada y reconocida, ¿cuestionar su discurso no es más bien escupir al cielo? Me remito a Luiselli porque su novela es el blanco de la crítica, pero es posible extender dudas así a varias otras publicaciones que aparecen en los catálogos de casas editoriales nacionales muy prestigiosas...

"La lupa crítica al leer autoras (o lo que nos trajo el Goodreadsgate)," Ana de Anda